

«... Solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin que somos criados...» [23].

Ya desde el comienzo de los Ejercicios san Ignacio nos recuerda que la vocación cristiana y el seguimiento de Jesús piden «elegir».

1. Somos seres conscientes y libres.
2. Llamados a elegir: un arte.
3. Desde una historia que nos enseña y nos condiciona: mi pasado.
4. En un contexto determinado: mi presente.
5. Elegimos desde el deseo.
6. Con un *para* definido.
7. Debatiéndonos en vivir desde la autonomía o la heteronomía.
8. Confiados en la Providencia: el Espíritu nos habita.
9. Sabiendo distinguir entre medios y fines.
10. Abiertos a la pregunta: ¿Qué quiere Dios de mí? Su voluntad – mi voluntad.
11. Y el diablo tienta, a veces de forma sutil.
12. También se da la inesperada consolación.
13. La importancia de objetivar.
14. Una recomendación: dejar que pase el tiempo.
15. Celebrar la decisión.

### ALGUNOS TEXTOS BÍBLICOS PARA TU ORACIÓN

Mt 13, 31-32	Lc 14, 15-24	Mt 8, 23-27	Fil 3, 7-14	1 Tes 5, 19-22
Lc 1, 26-38	Mc 10, 17-22	Mt 14, 22-33	Fil 4, 6-9	Col 3, 1-4
				1 Jn 4, 1-3

### ALGUNAS PREGUNTAS PARA TU REFLEXIÓN y ORACIÓN

- ¿Qué elementos han configurado mi vida: experiencias, personas, grupos, normas...? (cosas que yo no he elegido, que no he querido, cosas que me ha costado asumir, integrar...)
- ¿Cómo he asumido esas circunstancias? Con paz, alegría, resignación, rabia, humildad...
- ¿Qué decisiones descubro que me han ido marcando a lo largo de mi existencia?
- ¿Me sentí libre al elegir?
- ¿Cómo las vivo ahora?
- ¿Siento que elegí bien? ¿Me siento confirmado en la decisión que tomé?
- ¿Qué grado de influencia tienen los demás en mi toma de decisiones?
- Cuando decido algo, ¿qué es lo que me deja tranquilo, en paz? ¿Qué me da seguridad?
- ¿Ha estado Dios presente en esas decisiones?
- ¿Hay en mi vida decisiones que claramente veo y siento que son de Dios? ¿volvería a elegir lo mismo?
- ¿Cómo he ido respondiendo a lo largo de mi vida a lo que creo que Dios quiere de mí?

El «discernimiento» no consiste sólo en las elecciones puntuales que hacemos en determinados momentos de la vida, sino que ha de ser una dinámica cotidiana para que nuestra vida sea, en verdad, evangélica. El discernimiento responde básicamente a dos llamadas del evangelio: la llamada, primera, al amor y también la llamada a la “vigilancia”, a la atención... En respuesta a cada una de esas llamadas el discernimiento va tomando su sentido y sus formas.

### **El discernimiento como movimiento del amor**

La primera y principal llamada del evangelio es la llamada al amor; y el amor nunca es estático, sino que siempre es dinámico: el amor siempre está buscando y preguntándose ¿cómo amar más?, ¿en qué gestos puedo concretarme?, ¿cómo puedo manifestarme más delicadamente?, ¿cómo puedo servir mejor?... Son las preguntas inherentes a un amor vivo, para el que no existe la rutina, sino que cada instante es nuevo. Y esas mismas son las preguntas del discernimiento. Son las preguntas por el “más”, el famoso «magis» ignaciano, que no es un movimiento del voluntarismo orgulloso, sino de un amor generoso: ¿cómo puedo amar más?, ¿cómo puedo servir mejor?...

Eso es «buscar la voluntad de Dios»: buscar la forma cómo concreto en mi vida personal y en la realidad en la que me muevo el designio de amor de Dios. Todo amor busca concretarse para hacerse verdadero. El amor que no se concreta se evapora: ¿qué gestos concretos son los idóneos para amar a esta persona, en este momento, en esta circunstancia? Es la misma lógica “divina” que refleja de modo sublime el comienzo del capítulo 13 del evangelio de Juan: «después de haber amado a los suyos del mundo, los amó hasta el extremo» (v. 1), pero ese amor, precisamente por ser extremo, necesita concretarse en un gesto que, obviamente, también va a ser “extremo”: «se puso a lavarles los pies a los discípulos» (v. 5). La verdad del amor se verifica en los gestos concretos en que se encarna. Y ése es precisamente el tema y la pregunta del discernimiento: ¿qué me pide el amor? ¿hacia dónde me lleva ahora?

El discernimiento es, pues, la superación positiva y evangélica de la lógica del mero cumplimiento, que es todavía una lógica de “infancia” espiritual, mientras que el discernimiento tiene que ver con la madurez de la persona cristiana. El discernimiento es situar nuestra vida cristiana más allá de los parámetros del cálculo, la mediocridad, lo que «se puede o no se puede», del ir a mínimos, del «vamos tirando»... Es evidente que, situados en la lógica del amor, lo que el discernimiento hace es «elegir» entre cosas que ambas son buenas. No tiene sentido hablar de discernimiento entre algo bueno y algo malo.

Tal dinámica de amor y discernimiento se alimenta del deseo. Es el deseo de amar, de responder al amor que se recibe, el que pone en marcha la búsqueda. Si el discernimiento no viene alimentado de deseo, no hacemos otra cosa más que ejercicios más o menos artificiosos o más o menos sofisticados de resolver cuestiones con más o menos prudencia humana, con más o menos “criterio cristiano”, pero no un discernimiento en sentido pleno. Y, obviamente, el deseo no se improvisa (pero sobre esto comentaremos algo más adelante).

A su vez el deseo es alimentado por el agradecimiento. Por eso, ese ejercicio primero, cotidiano y habitual de discernimiento que es el “examen” comienza con «dar gracias a Dios Nuestro Señor» [43]. Porque eso es lo que “activa” el amor que pregunta y que busca. Y sólo desde la experiencia de ver a Cristo «morir por mis pecados» nos preguntamos con verdad y radicalidad «lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo» [53]. Jesús es la referencia básica y el horizonte del discernimiento como forma y expresión del amor. La conciencia viva de su amor por mí es la que pone en marcha el proceso de respuesta y búsqueda y en El encuentro el modelo y el horizonte de lo que significa amar y de cómo se puede amar en verdad a Dios y a los hombres. Por eso, san Ignacio en los Ejercicios indica claramente esa referencia a la persona que quiere «elegir» el modo de vida con el que quiere dar respuesta al amor de Dios: «... comenzaremos, juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad» [135]. Investigar y «demandar»: porque el auténtico discernimiento ignaciano es un proceso verdaderamente “espiritual” y no sólo racional o intelectual, porque su lógica es la del Amor, hay que orar y no sólo “investigar”. El discernimiento que se origina en el amor es un proceso orante, y no sólo en el sentido formal, sino en el sentido más hondo de la palabra.

## **El discernimiento como respuesta a la llamada evangélica a la “vigilancia”**

Reiteradamente aparece en el evangelio la llamada evangélica a la “vigilancia”, a la atención, porque «a la hora que menos penséis» nos podemos ver sorprendidos y engañados por dinámicas no evangélicas. En este sentido, el discernimiento busca la lucidez frente a los engaños, exteriores e interiores, en los que nos podemos ver envueltos. Se trata con el discernimiento de pedir y buscar la lucidez para distinguir el bien real del bien que muchas veces se nos presenta como tal y es sólo aparente. Porque ésa es la naturaleza misma del engaño: que aquello que es malo se presenta aparentemente como bueno. Podemos señalar, a modo de ejemplo y sin pretensión de ser exhaustivos, algunas cuestiones sobre las que hay que estar más “vigilantes” en nuestro discernimiento habitual y, por tanto, ejercer una más cuidadosa atención:

a) Las dinámicas personales y apostólicas: no basta sólo con que algo aparezca inicialmente como bueno, sino que hay que ver hacia dónde nos va llevando. Esa es la advertencia que hace san Ignacio en la 5ª Regla de discernimiento de espíritus de Segunda Semana: «Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos, y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal de buen ángel; más si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala o distractiva o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder del mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna» [333].

b) Caer en la cuenta que las lógicas no evangélicas que hay en nuestra sociedad se nos infiltran y cuelan en nuestra vida y en nuestro modo de pensar más allá de la buena o mala voluntad; por decirlo con un ejemplo fácilmente comprensible: somos “fumadores pasivos” de lógicas no evangélicas. Podríamos citar numerosos ejemplos de ello: la valoración mayor de aquellas personas que más consideradas son por razones sociales y el desprecio a personas socialmente irrelevantes; las lógicas del éxito, el triunfo o el poder; la idea de la no renuncia y de la total compatibilidad de valores y opciones, etc...

c) Otro tema de atención es el del uso de aquellos bienes que son necesarios y en los que la elección no es tener o no tener, puesto que es necesario disponer de ellos, pero sí que es materia de elección la calidad y cantidad de lo que se posee así como el uso que se hace de ello.

Todos estos temas nos sitúan en la pista de lo que es una vida cristiana auténticamente madura, en la que el creyente asume las propias responsabilidades y es consciente y responsable del camino personal de seguimiento. Con los pertinentes y oportunos acompañamientos y consejos, pero con una responsabilidad indelegable e inasumible por nadie que no sea él mismo.

### **Otras observaciones sobre el «elegir»**

El tema decisivo es el del “sujeto” de discernimiento: una persona de deseo y con capacidad de “examen” y contemplación. Sin ese sujeto no tiene sentido empezar a hablar de procedimientos, técnicas, reglas, etc... El “sujeto” de discernimiento es lo primero que hemos de cuidar en nosotros mismos y en las personas a las que acompañemos.

El hábito de discernimiento más básico que el discernimiento o los discernimientos puntuales que algunas veces en la vida hemos de hacer, es el hábito de discernimiento en nuestra vida cotidiana, o sea el hábito de avivar el amor y cuidar la atención. Y sin ese hábito de discernimiento cotidiano practicado y adquirido no es fácil pensar que sean realmente posibles discernimientos puntuales de cierta envergadura. Adquirir ese hábito supone una dinámica vital de oración y “examen”, de lectura y contemplación de Jesús y del evangelio, de acompañamiento, de lectura y contraste con la vida. Las circunstancias y modalidades concretas de todo ello vendrán dadas por las condiciones de vida de cada persona, y lo que importa más que las prácticas o forma concretas es que se adquiera el talante de fondo.

Vemos, pues, que es mucho más importante y anterior en el discernimiento hablar de actitudes y hábitos que de técnicas. Estas son muchas y variadas y no se trata de absolutizar ninguna ni de aplicarlas mecánicamente (ello conlleva, en su rigidez y simplismo, aplicarlas inadecuadamente), sino de tomarlas como guías, como puntos de referencia. Su aplicación no está reñida con el sentido común y requiere la prudencia que pide toda decisión sobre la vida.